

# **CUÉNTALO**

**Robyn Gigl**

Traducción: Carmen Bordeu

MÖTUS

## PRÓLOGO

*17 de abril de 2006*

SUS OJOS MARRONES ESTABAN MUY abiertos, el estupor de haber sido apuñalado todavía se reflejaba en las pupilas dilatadas. Sharise se quitó de encima el cuerpo desnudo y sin vida, que cayó con pesadez de la cama al suelo y quedó tumbado de espaldas.

“Mierda”, pensó, y respiró con fuerza. “Tengo que salir de aquí. No. No tengas prisa, no te desesperes. Son las dos de la mañana, nadie lo echará de menos durante unas horas”.

Se inclinó sobre su brazo para poder mirar por el borde de la cama. El cuerpo yacía en un charco de sangre sobre la barata alfombra de motel color mostaza. “Maldito hijo de puta. Te lo has buscado tu solo, cabrón”. Apartó la vista y contempló su propio cuerpo cubierto de sangre. Las náuseas no le avisaron, se dobló sobre el costado de la cama y añadió una última indignidad al cadáver.

Temblando, se desplazó hasta otro lado de la cama y bajó los pies al suelo. Esperaba poder ponerse de pie, que las náuseas disminuyeran. Apoyó una mano en la pared para estabilizarse y caminó a tientas hasta el baño, donde encontró el interruptor y el inodoro justo en el momento en que vomitó

otra vez, sujetándose las trenzas africanas con la mano derecha para protegerlas del contenido de su estómago y del agua turbia del retrete. En medio de los jadeos y las arcadas, su mente retrocedió a cuando era pequeña y su madre se sentaba a su lado y la consolaba durante esa terrible experiencia. Dios, qué bien le vendría tener a su madre en este momento, pero habían pasado cuatro años y no había marcha atrás posible.

Cuando ya no le quedó nada más que expulsar, se acostó sobre el frío suelo de baldosas. Le temblaba el cuerpo y lo único que quería era quedarse quieta. Finalmente, la realidad de lo que había hecho empezó a calar en su conciencia y supo que tenía que ponerse en movimiento.

Se arrastró hasta la ducha y observó cómo la sangre se arremolinaba antes de escurrirse por el desagüe. Su mente intentaba desesperadamente idear un plan. Sus huellas dactilares estarían por todo el cadáver y por toda la habitación, sin mencionar que probablemente podrían obtener su ADN del vómito, que no tenía intención de limpiar. La habían detenido suficientes veces para saber que los de Homicidios encontrarían una correspondencia en el sistema antes de que se les enfriara el café. Así que no solo tendría que desaparecer de algún modo, también tendría que evitar que la arrestaran para el resto de su vida, algo poco probable dada su ocupación y, sobre todo, porque su foto policial estaría en todos lados.

Encontró su vestido en un rincón de la habitación y se lo puso sin ropa interior, que dejó en el baño, empapada en sangre. Se sentó en el borde de la cama y se subió la cremallera de sus botas de gamuza sintética hasta los muslos. Se miró en el espejo, sacó el pintalabios del bolso y se lo volvió a aplicar. El único otro maquillaje que tenía era máscara de pestañas, pero decidió no volver a usarla por ahora.

¿Por qué diablos este chico blanco había tenido que elegir a ella? Encontró su cartera en el bolsillo de los pantalones: William E. Townsend, hijo, veintiocho años, según

su carné de conducir. “Genial”, pensó mientras revisaba sus cosas, uno de esos tipos que no usaban efectivo. Además de los cincuenta dólares que ya le había dado, solo tenía otros treinta en la cartera, ni siquiera suficiente para pagar lo que él quería. Sharise tomó el dinero y la tarjeta de crédito del Bank of America. Luego encontró el teléfono móvil, lo abrió y se desplazó a través de los contactos. “¡Maldito idiota!”. Allí, debajo del nombre “BOA”, estaba el número PIN. Con eso conseguiría los trescientos, pensó.

Buscó las llaves del BMW en el bolsillo delantero de los pantalones y volvió a mirar el móvil. Las dos y cuarenta y cinco. No estaba muy segura de dónde estaba, pero sabía que no muy lejos de Atlantic City. Tal vez todavía pudiera recoger algo de ropa y llegar a Filadelfia antes de que se hiciera de día. Allí podía deshacerse del automóvil y coger un tren a Nueva York. Todo parecía poco probable, pero no se le ocurría otra opción.

Estudió la escena y evaluó la alternativa de llevarse la navaja. En realidad no tenía demasiada importancia que la encontraran. Si alguna vez la atrapaban, no tendrían ninguna dificultad en encerrarla. Sería mejor llevársela, decidió, por si acaso.

Se acercó al cuerpo tirado en el suelo. El rostro del joven ya estaba pálido, la sangre que le había provisto de color ahora formaba un charco debajo de él. Las manos todavía aferraban la navaja que sobresalía de su pecho. Sharise le aflojó las manos para retirarla; luego la lavó en el fregadero y la guardó en su bolso.

Hora de marcharse. Apagó todas las luces y colgó el cartel NO MOLESTAR en la puerta. Con un poco de suerte, estaría en Nueva York antes de que encontraran el cadáver. Y con mucha suerte, el hecho no trascendería más allá del informativo local. Respiró hondo y dejó la habitación.



## CAPÍTULO 1

ERIN NO HABÍA ESTADO EN esa sala del tribunal desde hacía más de cinco años. Muchas cosas habían cambiado desde entonces. Sonrió mientras se abría paso por el pasillo y pensaba en todo el tiempo que había pasado ahí diez años atrás, recién salida de la universidad de Derecho, como asistente legal del juez Miles Foreman. Había aprendido mucho ese año observando a los abogados en la sala, tanto a los buenos como a los malos. Y también había aprendido mucho del juez Foreman, algunas cosas buenas y otras malas. Hoy esperaba vérselas con las malas. Podía lidiar con eso. ¿Qué otra opción tenía?

—¿Te has vuelto loca, Erin? —preguntó Carl Goldman con los ojos muy abiertos, mientras ella tomaba asiento junto a él. Carl representaba al coacusado del cliente de Erin.

Erin dejó caer su bolso, que hacía las veces de portafolio, sobre su asiento y esbozó una sonrisa atenta.

—No estoy segura de a qué te refieres, Carl.

—Foreman se va poner como loco. ¿Por qué presentaste esta moción? No solo se va a desquitar con tu cliente, sino que va a crucificar al mío.

—¿Tu cliente puede plantear una defensa?

Carl la estudió mientras intentaba establecer la conexión.

—No. ¿Pero qué tiene que ver eso con tu moción para que Foreman se abstenga?

Erin rio.

—Mi cliente tampoco puede plantear una defensa. Lo que significa que, en algún punto, tendré que conseguirle el mejor acuerdo extrajudicial posible. He oído todas las grabaciones de las escuchas, y estás en la misma situación. ¿Correcto?

—Sí, ¿y?

—¿Quién dicta las sentencias más severas de este país?

—Foreman —respondió.

—Exactamente. Necesitamos un juez que juzgue este caso por lo que es, un simple caso de juego, no de crimen organizado ni lavado de dinero. Nuestros clientes tendrían que recibir una sentencia de un par de años a lo sumo, no los ocho o los nueve que Foreman va a querer imponerles. Y mientras él tenga el caso, no hay ninguna razón para que la fiscalía sea razonable, porque Foreman no lo será cuando llegue el momento de dictar la sentencia.

—¿Pero cuáles son los fundamentos?

La sonrisa de Erin era ligeramente malvada.

—Foreman es homófobo.

Carl se quedó mirándola fijamente.

—¿Qué diablos tiene que ver eso? Mi cliente no es gay. ¿El tuyo lo es?

—No, Carl —Erin meneó la cabeza—, mi cliente no es gay. No se trata de él. Se trata de mí.

Carl la miró sin parpadear y su rostro fue adquiriendo una expresión confusa mientras la observaba de arriba abajo. Erin llevaba un traje sastre azul marino con una blusa de seda blanca escotada que acentuaba sus pechos y una falda varios centímetros por encima de las rodillas. Calzaba unos zapatos con tacones de diez centímetros y estaba maquillada a la perfección. Con su cabello cobrizo y esas pecas dispersas sobre el

punte de la nariz, normalmente aparentaba ser mucho más joven que sus treinta y cinco años. Le parecía más que irónico que con frecuencia le dijeran que tenía el aspecto de una chica común y corriente.

—Pero no pareces gay —aventuró, finalmente.

Erin ladeó la cabeza.

—¿Y cómo es exactamente alguien que es gay? ¿No te parezco lo bastante masculina? Además, ¿quién ha dicho que...?

La interrumpió la entrada del secretario del juzgado.

—Todos en pie.

El juez Miles Foreman emergió de la puerta que conducía de su despacho al estrado y contempló la sala de audiencias repleta.

—El Estado contra Thomas —anunció, sin siquiera disimular su enfado.

Erin y Carl se acercaron a la mesa de asesores legales, donde ya se encontraba apostado Adam Lombardi, el asistente del fiscal. Quienes no lo conocían, al ver su tez olivácea, el cabello negro azabache peinado hacia atrás con gomina, la nariz patricia y sus elegantes trajes solían confundirlo con un abogado defensor muy caro. Pero la reputación de Lombardi como un fiscal de primera categoría era merecida, y él no daba señales de querer cambiar de lado.

—Comparecientes, por favor —agregó Foreman sin levantar la vista.

—Adam Lombardi, ayudante del fiscal por el Estado, señoría.

—Erin McCabe por el acusado Robert Thomas. Buenos días, señoría.

—Carl Goldman por el acusado Jason Richardson, señoría.

Foreman levantó la vista y se bajó las gafas para poder mirar por encima de ellas. A Erin no le pareció que el juez hubiera envejecido en los cinco años desde la última vez que ella

compareció en su sala de audiencias o, para el caso, en los diez años que ella llevaba siendo su ayudante, pero eso no era un cumplido. Calvo, de expresión severa a tono con su aspecto, Foreman siempre había parecido diez años mayor. Ahora, a los sesenta y cinco, por fin aparentaba su edad.

—Tomen asiento todos, excepto la señorita McCabe. —Cogió un fajo de papeles y los sacudió en el aire—. Buenos días a usted —comenzó—. ¿Le importaría decirme qué es esto, señorita McCabe?

Erin sonrió con cortesía.

—Supongo que es la moción que he presentado, señoría.

—Por supuesto que lo es. ¿Quiere explicarme el significado de esta moción?

Erin sabía que había una línea muy fina entre provocar a Foreman y que él la declarara en desacato.

—Desde luego, señoría. Es una moción para que se abstenga del caso.

—¡Ya sé lo que es! —explotó—. Lo que quiero que me diga es de dónde saca usted la temeridad para cuestionar mi imparcialidad.

La respuesta irrumpió de inmediato en la mente de Erin: “Debe ser genético, probablemente lo he heredado de mi madre”. Pero optó por algo más seguro.

—No estoy segura de entender, señoría.

—¿Qué es lo que no entiende, señorita McCabe? Me está pidiendo que me aparte del caso, pero no ha presentado ninguna declaración jurada para fundamentar su moción. Lo único que dice aquí es que desea presentar una declaración jurada para que yo la examine en privado, en mi despacho. Si tiene algo que decir sobre mí, le sugiero que lo haga en público para que conste en actas.

Erin lo miró y trató de evaluar cuán cerca de la línea se encontraba.

—No creo que su señoría quiera que yo haga eso.

Foreman dejó caer con fuerza los papeles sobre el estrado. Apoyó ambas manos y se inclinó hacia delante.

—¿Y usted, quién se cree que es para decirme a mí lo que quiero o no quiero? O se expresa para que conste en actas o desestimaré su moción. ¿Soy claro? —Hizo una pausa—. *Señorita McCabe* —agregó luego con énfasis.

Erin exhaló con lentitud.

—Muy bien, señoría. Para que conste en actas, hace diez años estaba yo trabajando como asistente legal suya. Durante ese tiempo, su señoría actuó en una causa llamada *McFarlane contra Robert DelBuno*. DelBuno era, por supuesto, el fiscal general en ese momento. Supongo que su señoría recuerda el caso, ¿verdad?

Foreman le lanzó una mirada furibunda.

—Recuerdo el caso —replicó, con un tono de preocupación en su voz.

—Ya suponía que así sería, señoría, porque esa causa involucró un desafío constitucional a las leyes de sodomía de New Jersey, leyes que su señoría defendía, pero que posteriormente fueron revocadas en apelación. Ahora bien, su señoría sin duda recordará que el señor McFarlane estaba representado por...

El ruido del martillo de Foreman la interrumpió en seco.

—Quiero a los abogados en mi despacho inmediatamente. ¡Ahora! —el juez saltó de la silla, bajó con paso airado los tres escalones y atravesó la puerta que llevaba a su despacho.

Adam Lombardi siguió a Erin.

—Más vale que tengas algo bueno, Erin —le advirtió—. Porque de lo contrario, necesitarás dinero para la fianza, y pronto.

Ella le sonrió. Adam era un tipo decente, que solo hacía su trabajo. Si fuera por él, pondría un acuerdo extrajudicial equitativo sobre la mesa.

—No va a pasarme nada. Pero si algo sale mal, intercede por mí ante el alguacil, ¿quieres?

—Claro. Trataré de conseguirte una celda con una buena vista.

—Te lo agradeceré —respondió ella mientras los tres entraban en el despacho.

Foreman se paseaba de un lado a otro detrás de su escritorio, todavía con la toga puesta. Se detuvo el tiempo suficiente para recorrer con la vista a su antigua asistente legal.

—Usted... —comenzó—, tiene mucho valor para atacarme así. Mi fallo en la causa McFarlane fue revocado, sí. ¿Y qué? Muchos fallos son revocados todos los días. Este es un caso de juego, no de prostitución. ¿Qué tiene que ver el caso McFarlane con esto?

Erin le tendió un documento.

—Señoría, esta es la declaración jurada que quería que revisara en su despacho. Lo hice de ese modo para que pudiera examinarla en privado y luego decidir si desea hacerla pública.

Foreman se inclinó hacia delante y le arrebató los papeles de la mano; luego tomó unas gafas de lectura de su escritorio y empezó a leer. Su rostro comenzó a enrojecer casi de inmediato. Cuando terminó, miró a Erin con desdén.

—Estas son mentiras, mentiras despreciables. Jamás dije las cosas que usted me atribuye. ¡Jamás! Debería declararla en desacato por escribir estas acusaciones difamatorias. Tal vez un par de días en la cárcel del condado le refresquen la memoria. ¿Qué le parece eso, señorita McCabe?

Erin sabía que lo tenía en su poder. Desde luego, era la palabra de él contra la de ella, pero estaba segura de que él no querría que nada de esto saliera a la luz.

—Señoría, he hecho todo lo posible por evitar que mis recuerdos de sus comentarios sobre Barry O'Toole, el abogado del señor McFarlane, consten en actas. Con mucho gusto entregaré copias a los asesores legales, si así lo desea. Y por supuesto, si me declara en desacato, tendrá que hacer constar mi declaración jurada en actas.

Foreman le arrojó los papeles, que cayeron inofensivamente sobre el escritorio.

—Fuera de mi despacho —masculló. Pero cuando los tres ya empezaban a salir, llamó a Erin.

Ella se detuvo y se volvió hacia él.

—¿Sí, señoría?

—Usted es peor que O'Toole, ¿sabe? Al menos él nunca mintió sobre quién era.

Erin lo observó, era obvio que estaba furioso.

—Señoría, diez años atrás un hombre a quien considero uno de mis mentores jurídicos me dijo que la mayor responsabilidad de un abogado era hacer lo correcto para un cliente. Me dijo que, aun cuando un juez estuviera en desacuerdo con mi posición, un juez siempre debería intentar respetar el hecho de que lo estaba haciendo por mi cliente. He intentado hacer honor a ese consejo y he puesto siempre el interés superior de mis clientes por encima de la reacción de cualquier juez. Al igual que yo, y tal como lo demuestra esa declaración jurada, ese mentor no es perfecto. Y, dada mi condición, pensé que era probable que mi cliente se viera perjudicado por ciertos prejuicios. No obstante, aun cuando mi mentor no sea perfecto, siempre lo respetaré por la ayuda y la orientación que me prestó cuando trabajé para él. —Dejó que las últimas palabras quedaran en el aire, con la esperanza de que él se convenciera de su sinceridad—. ¿Algo más, señoría?

Foreman recogió los papeles de su escritorio. Con lentitud, los fue rompiendo en pedazos.

—Esto es lo que pienso de su declaración jurada, señorita McCabe —dijo, con evidente desprecio—. Y si debo entender su pequeño discurso como una disculpa, no la acepto. Salga de aquí y no se moleste en volver. Me aseguraré de abstenerme en cualquier causa en la que usted esté involucrada, porque jamás podría ser justo con usted después de haber leído sus

injuriosas mentiras. Y, francamente, espero no volver a verla nunca más.

Erin se sintió tentada de responder, pero otro consejo prevaleció en su mente: Retírate mientras estés ganando.

—Gracias, señoría —concluyó. Se volvió y se encaminó de regreso a la sala de audiencias.